

Alrededor del mundo a dedo



La primera vez que me calcé una mochila fue en 1998. Ya entonces sentí la adrenalina de las posibilidades infinitas que deparaba el horizonte. Era como si, de pronto, alguien me hubiese puesto un par de alas. Quise salir a explorar el planeta de inmediato, pero no lo hice. En cambio, siguieron años de sutil esgrima entre temores y sueños. Al fin, entendí que el precio de la libertad total era aprender a desposeerlo todo, y en 2005 me animé a volverme literalmente nómada. Para recorrer el planeta, había que comenzar por cruzar el umbral de la puerta de casa. Desde entonces viajo alrededor del mundo, y escribo crónicas sobre sus habitantes. Dentro de "La Maga", mi mochila, llevo sólo lo imprescindible: carpa para una persona, bolsa de dormir, ropa, pasaporte, libreta, cámara fotográfica y ordenador portátil. Viajo a dedo. Amo la incapacidad de adivinar qué ciudad arropará mi cansancio cada noche. He viajado tanto en Mercedes Benz como en carros tirados por burro, pero siempre he llegado a destino. He dormido en mansiones y establos, acampado en los jardines de Versailles, y compartido la alfombra de un campamento beduino en Siria, pero siempre he conciliado el amable sueño. En subterráneos y parlamentos conversé con mendigos y vicepresidentes pero, sobre todo, nunca dejé de desear que cada horizonte reencarne en nuevas huellas. Lector desconocido, espero que tengas el pasaporte listo, aquel camión ha frenado por nosotros. Afganistán está lejos pero tenemos tiempo ¿Vienes?

INTRO



El mundo islámico: Un caleidoscopio en la oscuridad

Marcel Proust solía decir que la exploración verdadera no consiste en ver nuevos paisajes, sino en tener nuevos ojos. La mañana del 1 de mayo del 2005, cerré por última vez la puerta de mi casa en Belfast, Irlanda del Norte, donde había vivido por un año, trasplantado desde mi Argentina natal. Tenía 27 años, el pelo corto y ninguna tarjeta de crédito. Presté atención a mi primer paso, y pensé en las futuras piruetas que sin asomar aún a la realidad estarían contenidas en ese acto inicial de movimiento. Como en cualquier otra mañana del calendario irlandés, la lluvia caía en cascadas. Esa tarde mi viaje sería bautizado por un velero llamado *Big Wamp*, que me llevaría a Escocia. Era el comienzo formal del viaje: iba en busca de mis nuevos ojos.

El desafío, que había germinado durante mis años de universitario: circunnavegar el mundo exclusivamente haciendo autostop, siguiendo la estrategia del caracol, quien lleva todo lo que posee a sus espaldas. En un sentido amplio, quizás hedonista, pretendía interrogar a la intemperie a lo largo del planisferio, fiel a la misión de relevar el orbe entero para conjugar mis suelas con los estoicos meridianos. Encontraba algo bello en hacer pie en la metáfora del barrilete, en catalogar los oasis de los desiertos y volverme catador de paradas de camiones, y no en secreto confiaba en reconciliarme con la humanidad a través de ese sufrido pastor del Sahara quien me preguntaría si fuera de Egipto también había estrellas. Ante todo, confiaba en la cuestionable alquimia de estar tomando un atajo hacia mí mismo, en que los pasos me dirían quién era y así pariría mi propia identidad a la vera de algún camino.

Aunque mi plan era vagabundear por todos los rincones del globo, la canción de sirena que más me seducía provenía de los chicos problemáticos del mapa: Siria, Irak, Irán y Afganistán. Quería deshilar la inextricable rasta de mitos tejidos por los medios

en torno a dichas tierras distantes y crear mi propia alfombra narrativa con las voces de los personajes conocidos a lo largo de las rutas polvorientas. Entiendo que algunos juzguen la idea de viajar a dedo en países bordados con conflicto como absurda o suicida. Pero éstas eran y son las naciones que más padecen los estereotipos mediáticos del *establishment*, que etiquetan a los pueblos de Medio Oriente como antidemocráticos y violentos, un griterío de barbudos enturbantados por culpa de los cuales la gente “decente y cristiana” tiene que pagar caro para llenar el tanque de su Chevrolet V8. Por supuesto, el viaje no terminaría en Medio Oriente, seguiría caminando hasta el Pacífico, y tras 27 meses llegaría a Tailandia. América y África vendrían luego, pues había decidido viajar indefinidamente consagrando mi vida al movimiento y la escritura.

¿Por qué *a dedo*? Como en ocasiones anteriores, el autostop, que padece su propia mala reputación, probaría ser un medio de transporte ideal. Siempre había disfrutado mecarme en esa puntuación involuntaria del camino que el autostop gatilla, y que en este viaje en particular me permitiría la máxima exposición al paisaje humano local, a las personas comunes que trabajan y sudan bajo cualquier bandera y que nunca (nunca) habitan los titulares. Tenía decidido dedicar mi pluma a darle algunos nombres a esas vidas anónimas. El resultado, luego de haber caminado durante dos años a través de todos los escenarios imaginables, es el libro que tienes en la mano.

No es un libro sobre política, aunque la política no está ausente. Por el contrario, es un libro sobre el mercader que subasta naranjas en el bazar de Aleppo, sobre los ancianos que baten ritmos en tableros de damas trazados con tiza sobre el pavimento en el Kurdistán Iraquí, sobre el camionero despreocupado y hospitalario que me hace espacio en su cabina, sobre los activistas políticos clandestinos de Teherán y los trabajadores voluntarios extranjeros en Afganistán, que alzan sus puños al miedo cada mañana, sobre los nobles maestros de Dowlat Yar que dan clase junto a las ruinas de sus escuelas. Es una muestra de un universo censurado. Un intento de rescatar un caleidoscopio olvidado en la vasta oscuridad. Aquí me hago cargo del siguiente concepto: en el presente escenario de manipulación de la información por parte de los medios masivos, considero al viaje como un instrumento de salud, en tanto otorga un conocimiento no distorsionado del mundo. La crónica de viaje, en consecuencia,

tendría la responsabilidad social de hacer circular estas voces que, lejos de provenir de centros de poder interesados, emanan horizontalmente de sus integrantes. Así, se propone como un espejo apuntando furtivamente a los temores y esperanzas de la gente común que el viajero cruza en su periplo.

Una aclaración al lector. Quienes saben que he vivido en Irlanda me preguntan a menudo si la idea de cruzar Irak, Irán, y Afganistán a dedo fue acaso el resultado de una exaltada apuesta en un pub tras la enésima *Guinness*. La respuesta es... ¡no! De hecho, me aterra pensar que haya sido más el fruto de una meditación de ajedrecistas que de un rapto de ángeles. Porque de esta manera carezco del atenuante de los estados irracionales. El puro y premeditado impulso por vagabundear e indagar al infinito en cada banquina, por ejecutar el contundente acorde del movimiento en todos sus tonos posibles, es la razón de ser de este viaje y del libro que pretende reflejarlo. Otra aclaración, entre tapa y contratapa, no se aloja ficción alguna; suficientemente fantástica es la realidad.

Mi esperanza es que estas páginas te conviden algunas de las especias y aromas que encontré en mi camino, pero sobretodo, que sean precisas en compartir contigo la calidez recibida de aquellos que viven del otro lado del horizonte.

Luang Prabang, Laos. Enero de 2007.